

“...la infancia no es nunca lo que sabemos (es lo otro de nuestros saberes), pero, sin embargo, es portadora de una verdad que debemos ponernos en posición de escuchar; no es nunca la presa de nuestro poder (es lo que no puede ser sometido) pero al mismo tiempo requiere nuestra iniciativa; no está nunca en el lugar que le damos (es lo otro que no puede ser abarcado, pero debemos abrir un lugar que la reciba).”
Jorge Larrosa

Voy a tomar prestadas estas palabras del filósofo Jorge Larrosa para que pensemos juntos en la infancia a partir de algunas claves que él nos proporciona.

La infancia no es nunca lo que sabemos, es decir, es el misterio. Por más intentos que hagan la psicología y la pedagogía por encerrar dentro de una retícula cuidadosamente armada ese objeto llamado infancia, siempre está en fuga, siempre se nos escapa, siempre está en otra parte. Sólo podemos descansar en la esperanza, en la espera de aquello que nunca terminaremos de saber: qué es la infancia. Tal vez sea mejor aceptar esta imposibilidad, este límite, que construir máscaras para el niño hechas a nuestra imagen y semejanza y que dicen más acerca de nuestro deseo que acerca de lo que realmente el niño es.

La infancia es portadora de una verdad y creo que esa verdad no la comprendemos porque es lo nuevo, lo que marca una interrupción y no una continuidad con lo que somos nosotros y nuestros proyectos. Si no entendemos la infancia como algo radicalmente nuevo y diferente de lo que somos, podemos caer en el intento de ejercer sobre ella el poder.

La verdad de la infancia nos exige una gran capacidad de escucha. No para oír lo que queremos oír, nuestro eco, una imitación de nosotros, sino para escuchar lo diferente y lo nuevo, lo divergente que desafía nuestros hábitos y nuestras creencias ya cristalizadas.

Pero, además de ser lo que nos desafía, la infancia es también lo que nos convoca, lo que nos llama a ponernos en movimiento, a tomar la iniciativa, porque hablar en nombre de los niños involucra hacerse cargo, comprometerse.

Dice Lyotard en su escrito sobre los textos de Hanna Arendt: “...la infancia que entiende de *como si*, que entiende del dolor debido a la impotencia y de la queja de ser demasiado pequeña, de estar ahí rezagada (respecto de los otros) y de haber llegado demasiado pronto, prematura (en cuanto a su fuerza), que entiende de promesas no cumplidas, de decepciones amargas, de desfallecimiento, de invención, de obstinación, de escucha del corazón, de amor, de verdadera disponibilidad a las historias.”¹

La infancia es algo que no puede ser abarcado pero sí puede y debe ser recibido, bienvenido, anidado. Si debemos abrir un lugar que reciba a la infancia, no se me ocurre un sitio más acogedor que un nido formado por palabras, por poemas, por relatos, por imágenes, por música. Tal vez el arte sea el lenguaje con el que podamos construir ese nido y sea la red que contenga a los niños mejor que cualquier otra, en la medida en que no los aprisiona: les da la posibilidad de desplegarse.

Por eso, *Jitanjáfora* renueva una vez más el deseo de reunirnos con los mediadores entre los niños y los libros, entre los niños y las palabras, entre los niños y las imágenes.

Para que todos los que trabajamos en este oficio de la mediación nos encontremos en un espacio donde caben la reflexión y la fiesta y del que esperamos salir renovados, con más fuerza para seguir en esta tarea de acercarnos al misterio de la infancia con algo bello entre las manos.

Elena Stapich

¹ LYOTARD, J.-F. "Sobreviviente". En: *Lecturas de infancia*". Buenos Aires, EUDEBA. 1997